

EL MATRIARCADO Y SU PERMANENCIA

Por JUAN DOMINGUEZ BERRUETA

EL feminismo es la moneda falsa de la feminidad. Y la feminidad en la madre, es el elemento básico de la familia. Aparte del aspecto moral, en que el fundamento esencial es lo religioso.

«Dote fisiológico de la especie», ha llamado Ramón y Cajal al reposo físico e intelectual que debe gozar la mujer en el hogar familiar. Todo cuanto desgaste las energías naturales de la mujer —añadía el mismo hombre de ciencia— en trabajos, preocupaciones políticas, etc., «producirá tarde o temprano la degeneración de la raza».

El pueblo griego apartaba a la mujer de toda intervención en la vida pública. Y no por ello se resintió, ciertamente, la cultura ni la formación de un tipo clásico de bella feminidad.

Ganivet confesaba que «encontraba preferible la mujer de

puertas adentro a la señora de salón», que tenía sus raíces en el espíritu revolucionario francés, y entre sus hijuelas, el «feminismo».

Es un fenómeno social que preocupa a los moralistas, como a los fisiólogos, el desasosiego, el descontento íntimo de la mujer moderna, resultado del problema infrasíquico de la represión del sentimiento maternal. Y aparece, como reacción biológica, el feminismo cosmopolita, que trata de borrar las barreras naturales que diferencian a los sexos.

Se «masculiniza» la mujer para aparecer como un ser igual al hombre en sus mismas aficiones, costumbres, gestos y maneras. El feminismo tiende a la nivelación de sexos, empezando en la coeducación de la juventud. La mujer feminista se esclaviza cada día más, imaginando que se liberta.

Porque lo que liberta en la sociedad humana es lo que individualiza. Y el feminismo es socialización.

Una ilustre escritora italiana, Matilde Serao, ha tratado del «descorazonamiento infinito» que en el fondo de su vida interior sienten las mujeres que, renunciando a las virtudes familiares, han creído encontrar la libertad. «Están desencantadas. Y nadie admira su embellecimiento artificial».

Es un hecho que tratando de borrar, con la nivelación, las diferencias entre los dos sexos, se contraría la atracción natural, instintiva, que precisamente está basada en la oposición de caracteres.

Y es un signo de decadencia en las razas cuando aparece como tipo de atracción el masculino, como ocurre en las civilizaciones primitivas. Es un caso de asimilación hacia el reino animal, donde el representante masculino se adorna, naturalmente, con sus melenas, como el león: con las gallardías de su plumaje y de su canto, como el gallo; y en general, las

aves y los insectos, con sus colores y sonidos, que ostentan como distintivo de masculinidad.

El culto a lo eterno femenino es revelador de una verdadera cultura. Es cuando la mujer ejerce, por el secreto de su feminidad recatada, una atracción, que pierde por completo, cuando quiere asemejarse al hombre en sus ademanes varoniles.

En Esparta, le dijeron a la mujer de Leónidas: «¿Cómo sólo vosotras las espartanas sabéis dominar a los hombres?» «Es que sólo nosotras damos a luz hombres», respondió.

Engendrar hombres. Ante esa dignidad, ¿qué significa el tipo feminista, que se reduce a imitar hombres?

* * *

Entendamos bien que no debe confundirse ese tipo que llamamos «feminista», por su ideología equivocada y su vida de artificio, con el ejemplar femenino de recto sentido y recatado vivir, que por las circunstancias de la época tiene que ganarse su vida y cooperar a la subsistencia de la familia a que permanece unida, desempeñando una profesión, un empleo de los que en tiempos normales sólo daban ocupación a los hombres.

Sólo respeto y consideración merece esa representación la juventud femenina, que sobrelleva con dignidad y con abnegación el ganarse la vida, fuera de las labores propias de su sexo, de puertas adentro de su hogar.

El feminismo no está en la materialidad de las faenas, sino en el espíritu de quienes las realizan. Es más: donde prefiere manifestarse no es en los centros de trabajo, sino en los de disipación y de espectáculo.

Feminismo, en su estricto sentido, es, en una palabra, lo que significa una negación deliberada y voluntaria de todo lazo familiar, como de cosa anticuada y primitiva, y como un divorcio laico, «a priori», adversario anticipado y latente de todo matrimonio cristiano.

Esto tiene sus causas hondas y universales de origen social. El escritor español Ortega y Gasset, nada tradicionalista, trató ya certeramente, en uno de sus «ensayos», en 1930, de lo que llamaba la «socialización del hombre».

«Desde mediados del siglo XIX —afirmaba— la existencia privada, cerrada al público, al gentío, va siendo cada vez más difícil. Sobre todo —añadía—, el castillo de la familia.» La vida de la familia, sociedad hacia adentro, queda reducida al *mínimum*.

La divinidad de lo colectivo está ya causando estragos en Europa. Se vuelve a los tiempos paganos de Grecia y Roma, en que no se concedía libertad a la persona para vivir vida individual.

El «feminismo», llamado así por antífrasis, es antifeminidad, que se aparta de la vida de familia y piensa «vivir su vida», como dicen, socializándose, saliéndose de sí misma.

Es indispensable tratar de restaurar la vida de familia, evitando por todos los medios que sea reducida al *mínimum*. Basta pensar, para no caer en el pesimismo desalentador, que tiene una base connatural y permanente con el origen y con la historia de la humanidad, que se transmite de generación en generación.

Lo que constituye la familia, aun en las civilizaciones primitivas, y en los pueblos paganos es la religión del hogar y el culto a los antepasados. La palabra griega que designaba la

familia significa literalmente: «lo que está cerca del hogar». Donde estaba el fuego consagrado a la divinidad.

Basta conocer la monumental *Historia comparada de las religiones*, del profesor de la Universidad de Viena Guillermo Schmidt, primera autoridad en esta materia, para convenirse de que el «fenómeno religioso» o como lo quieran llamar, no es cosa que tan fácilmente desaparezca en un país o del mundo, como una de tantas concepciones humanas, que hoy son y mañana ya no existen.

Y mientras haya espíritu religioso en un pueblo, mucho más espíritu cristiano, la familia que está vinculada a ello, no puede desaparecer.

* * *

Creemos defender la existencia de la familia poniendo de relieve el peligro que supone para ella la desaparición de la «feminidad» en la mujer, oponiéndonos, sobre todo, a que en la novela llamativa, que difunden tantas editoriales, y en el cinema sensacional, que llega a todos los públicos, se ensalce y se idealice ese tipo antifemenino de mujer que «vive su vida», socializada.

Que se ensalce y se idealice, en cambio, aquel tipo de feminidad de la Edad Media, al que se rendía culto de verdadera «cortesía» que hoy, por desgracia, va desapareciendo de la vida social. Y aquella «mesura», que no era afeminamiento, pues el Cid «habló bien y tan mesurado», dice el Poema.

Virtudes sociales que honraban tanto a la mujer como el hombre y que han sido, hasta nuestra generación, anterior a la actual, características de la familia cristiana y española.

«Porque la familia es el elemento orgánico de la sociedad,

todo atentado contra ella es un atentado contra la Humanidad», ha dicho el Papa Pío XII a los representantes de 12 naciones que trabajan por la «Unión de la familia».

Y ha afirmado el Papa que es necesario «una política de altos vuelos que vacíe las casas de vecinos y cree hogares familiares».

La familia desaparece para convertirse en casa de vecindad.

«Vivienda», en nuestro castellano antiguo, significaba «modo humano de vivir», vida de familia, vida privada, vida de hogar.

Hoy todo se quiere convertir en vida pública, vida colectiva.

Las gentes de la postguerra se lanzan como enajenadas a la disipación de los espectáculos, a la vida social, como si no tuviera valor alguno el vivir sosegado y tranquilo de familia.

«Toda la desgracia de los hombres —llegó a afirmar Pascal— viene de una sola cosa: de no saber permanecer en reposo en su aposento.»

Así se explica el afán de «divertirse», de «alterarse», de salir fuera de sí mismo.

Más vida de hogar, dentro de sí mismo, es hacer más vida de humanidad.

* * *

El pasado año se celebró en París un Congreso de la Liga Femenina de Acción Católica, en el que dos millones de mujeres se pronunciaron en favor del hogar, para trabajar en él, en lugar de la fábrica o el taller.

Sería volver a crear el tipo «artesano», verdadero artista, con personalidad, imposible en la labor colectiva.

La salvación de la vida individual, de la «persona», sobre la colectiva, de la «gente».

Saavedra Fajardo hablaba del espíritu altivo y glorioso de nuestra «artesanía». Espíritu de «señorío», en hogar, por modesto que fuera.

